

A veces prosa Centuria mexicana

Adolfo Castañón

En invierno, al iniciar el nuevo año, aparecerán en las ciudades autos incendiados, casillas telefónicas destruidas. Los anónimos vándalos quebrarán vitrinas y desde los puentes lanzarán piedras a los autobuses llenos de pasajeros. El viento soplará inclemente: arrancará árboles, levantará techos, el frío romperá puentes. Miles de gallinas enfermas serán sacrificadas, mientras los desempleados inundarán las oficinas reclamando transporte gratuito, las ciudades se poblarán de pordioseros y mendigos que acecharán la aparición de alguien manifiestamente bien vestido para exigirle una limosna. Desde los países de Oriente llegarán barcos repletos de jóvenes, mujeres y niños buscando refugio y empleo en los países poblados de ancianos —pero muchos barcos no llegarán a su destino y naufragarán en el mar. Las fronteras en el desierto intentarán ser cruzadas por los más pobres y los más religiosos —pero serán interceptados por bandas de jóvenes ricos infieles. En los laboratorios del milenio se inventarán nuevas enfermedades incurables y las antiguas, supuestamente dominadas, resurgirán con virulencia incontenible. Subirán los precios y los impuestos; bajarán las tasas de interés. El Anticristo dirá: “Dejad que los niños se acerquen a mí”, las vacas enloquecerán y su carne será mortífera, se producirá ganado como triunfo de la biotecnología en incubadoras de vidrio, se producirán los primeros clones. En las montañas unos campesinos enmascarados asesinarán a otros sin máscara. Miles de presos serán liberados, otros morirán “accidentalmente” en los incendios provocados en las cárceles. Se formarán grandes colas en todas partes: en los museos y en los hospitales, en los teatros y en las estaciones de autobuses o de trenes, en los aeropuertos y en las tiendas. Los aviones turísticos serán objeto de inconcebibles retardos pero será infalible la puntualidad de

los criminales bombardeos sobre algunas ciudades. Vastas, incontenibles migraciones clandestinas disolverán los mapas pero en las fronteras se levantarán cercas de alambre electrificado. Los elegidos por el fuego serán depurados al aire libre y a sangre fría en cualquier rincón de la ciudad. En los países donde se esperaba el frío hará calor; en los países tradicionalmente calientes hará frío. Aparecerán misteriosamente asesinadas con armas de fuego numerosas familias cuyos cuerpos y casas serán envueltos por las llamas de incendios minuciosos. Se cometerán suicidios colectivos, secuestros, matanzas. En las ciudades el hombre será chacal del hombre. Grupos de adolescentes armados asesinarán a sangre fría a otros colegiales. Un militar será llevado al poder por el voto democrático mientras otros altos comandos se reunirán a discutir sobre el futuro que les espera después de la sentencia contra el general en jefe. Los ciclones azotarán las costas y destruirán pueblos y ciudades. La ayuda llegará por el aire pero se evaporará entre las manos invisibles de la corrupción. Los hombres empezarán a olvidar el lenguaje pero se rodearán de aparatos para comunicarse. Los empleados perderán el empleo; los propietarios perderán la propiedad. Los viajeros olvidarán el punto de partida y el destino y quedarán prisioneros de un compulsivo e inefable ir y venir. Otros pondrán el reloj despertador a las cuatro de la mañana para, crónicamente, seguir durmiendo luego de apagarlo. Muchos perros quedarán sin dueño y recorrerán extraviados la ciudad mientras legiones de mascotas urbanas gozarán de la atención de peluqueros y manicuristas perrunos. Los fotógrafos recorrerán las calles en vano en busca de un rostro. Los niños saldrán descalzos a la ciudad mientras las niñas se quedarán en casa jugando a las cartas como señoras de edad

y las madres saldrán a los gimnasios por la noche a brincar en grupos o atravesarán las fronteras en caravanas invisibles, como camellos cargados de narcóticos. Los trenes pasarán sin detenerse en ninguna estación y los periódicos se uniformarán, y para bajar costos, repartirán durante largas temporadas las mismas noticias levemente modificadas y cada día se limitarán a cambiar la fecha y los programas de los cines, los anuncios de remates y de liquidación. (En los campos y bosques, desiertos, selvas, ciudades y bibliotecas los tractores serán remplazados por tanques, el arado por la bazuka, el fichero por Internet, los hombres por mala hierba). Surgirán vapores radiactivos en forma de nube de sal grandes torres blancas a orillas de los ríos, el plomo se acumulará en la sangre de los niños. En algunas ocasiones, el transporte será gratuito, y entre los transportes más caros estarán aquellos para atravesar los caminos más agrestes. Cada semana fallecerán innumerables hombres y mujeres que serán acompañados a su última morada por la misma canción que sólo unos cuantos conocerán de memoria y serán por ello inmortales.

Arrojarán fumarolas los volcanes: santa fe: crimen, terrorismo, guerra. Numerosos aviones se desplomarán mientras los bosques se incendian. Los ciclones y tornados se confundirán. En una sola noche donde sólo brillará menguante, la Luna. Y caerán abatidos innumerables edificios habitados hasta entonces por gente que a partir de ese momento lo perderá todo. Cuando se diga que la historia ha terminado la guerra cundirá por la faz del planeta. Afuera las nubes correrán veloces y, mientras una muchacha en la ventana de un balcón siga con la mirada oscura los pasos del amor perdido, no toda el agua podrá ser vendida en envases de plástico. **U**